Retos de la memoria y trabajos de la historia*

Julio Aróstegui

La Historia es la vida de la memoria, dejó escrito el P. José de Sigüenza en su «Historia de la Orden de San Jerónimo». Parecería como si esa aseveración poética y sutil indujese a pensar que la Historia no sólo presupone siempre la Memoria sino que, a través de aquélla, ésta recobra vida y prolonga su presencia, permanece viva y perpetúa sus contenidos **(nota 1)**. La Historia sería así una prolongación y cristalización de la Memoria. Esta cita de un clásico castellano no tiene otro propósito sino llamar la atención, en esta particular coyuntura cultural que vivimos, sobre la relación múltiple y compleja que ha sido destacada siempre entre Memoria e Historia, entre los contenidos del recuerdo y la práctica historiográfica. La sutil forma en que, desde el pensamiento de la Antigüedad clásica, la una se ha ligado siempre a la otra ha sido fuente de inspiración tanto sobre las virtualidades de una «historia viva» como sobre las de una

«historia memorial», una historia que da vida a la memoria. La cuestión de las relaciones entre la historia y la memoria es, sin duda, tanto antigua como extremadamente actual **(nota 2)**. Pero los riesgos y trampas que imágenes como éstas esconden no deben tampoco, a nuestro juicio, permanecer ocultas.

La memoria, interpretada como depósito y acervo de vivencias comunes compartidas y como «bien cultural» de la mayor relevancia, ha devenido en uno de los componentes más significativos de la cultura de nuestro tiempo, como inspiración de actitudes y aspiraciones reivindicativas derivadas de hechos del pasado, como preámbulo o como derivación de la «reclamación de identidad», como referente para variadas posiciones políticas. Muchos de los fenómenos socioculturales a los que asistimos hoy ilustran de manera nítida la importancia de la memoria no sólo como valor, pues, sino como reivindicación social. En cualquier caso, se ha convertido en un fenómeno de trascendente presencia social. La memoria y las memorias son hoy un lugar común de la reflexión social y son el terreno, en cuanto dimensión colectiva, en el que se libra una batalla ideológica de notable calado. También se han convertido, en consecuencia, en el objeto de un renovado

interés por parte de ciertas ciencias sociales, la antropología, la psicología y, particularmente, la historiografía.

La densa problemática de la memoria colectiva, social e histórica y de la relación entre memoria e historia ha sido objeto de una amplia atención de los tratadistas actuales, por más que pueda decirse que no poseemos aún una interpretación convincente y fundada «que dé cuenta de la reciente expansión de la cultura de la memoria en sus variados contextos nacionales y regionales» **(nota 3)**. Vivimos, se ha dicho, el «tiempo de la memoria» o, también, el «tiempo del testigo» **(nota 4)**. En los años ochenta del siglo XX, una obra colectiva dirigida por Pierre Nora, *Les lieux de mémoire*, abrió unas insospechadas perspectivas al tratamiento historiográfico de la memoria histórica como conformadora de persistentes comportamientos sociales y de una percepción particular de la herencia histórica **(nota 5)**. El interés por la relación entre la memoria y la historia experimentó desde entonces un indeclinable auge.

Es incuestionable que nuestro mundo de hoy se ha convertido en un extraordinario «consumidor de memoria». ¿Por qué y para qué recordar?, es una doble pregunta frecuente en nuestro tiempo para la que existen múltiples respuestas cargadas siempre de una notable derivación ideológica **(nota 6)**.

Los estudios sobre la memoria histórica se han multiplicado en los años noventa y se ha podido decir que «uno de los fenómenos culturales y políticos más sorprendentes de los últimos años es el surgimiento de la memoria como una preocupación central de la cultura y de la política de las sociedades occidentales» **(nota 7)**. En efecto, desde los ámbitos políticos y sociales más diversos se ha venido reclamando la preservación de la memoria, especialmente la memoria del dolor, de las guerras, de las injusticias, la represión y los genocidios. Se ha hablado de una «saturación de memoria» y también, por fin, de una «crisis de la memoria» **(nota 8)**. Y, por lo demás, se ha propuesto una explícita dedicación a construir una historia de la memoria, a convertir ésta en un objeto historiográfico.

El cambio hacia un «tiempo de la memoria» puede rastrearse con cierta claridad desde el giro decisivo que se produce en los contenidos culturales occidentales a partir de finales de la década de los sesenta del siglo XX. Se ha dicho que si la cultura de la modernidad a comienzos de ese siglo tenía la perspectiva de los «futuros presentes», la que ha traído la posmodernidad, acusadamente desde la década de los ochenta, se ha vertido hacia los «pretéritos presentes». Nuestro tiempo padece el «síndrome de la memoria recuperada» y desarrolla,

en consecuencia, una «cultura de la memoria». La memoria se ha convertido en una «obsesión cultural de monumentales proporciones en el mundo entero» **(nota 9)**.

Tal cultura de la memoria, por lo demás, no restringe el ámbito de su expansión a ese afán por la recuperación del pasado sino que abarca igualmente a la impregnación de las perspectivas temporales por la fijación del «tiempo vivido» y también por las funciones del olvido. La memoria, pues, entendida como la más potente y vital ligazón de la experiencia al pasado y el mayor resorte para su conservación, cuando no el agente de su «invención», se ha situado prácticamente en el centro de las más reiterativas reivindicaciones culturales actuales, de forma que puede pensarse que, bajo la forma de memoria colectiva especialmente, una de las connotaciones de nuestro presente es una nueva valoración de la función y la importancia de la memoria como definidora de pautas culturales.

Desde el punto de vista del análisis de los comportamientos sociales, tanto la sociología o la antropología como, desde luego, la historiografía tienen en la memoria un amplio campo de exploración. Es justamente el interés por esa memoria social en su particular especificación de *memoria histórica* la que ha despertado un creciente interés en la historiografía

contemporánea y contemporaneísta, sobre todo en relación con la posibilidades de la historia oral, de la historia con testimonios vivos, tanto en su aspecto de historia «apoyada por fuentes orales» como el tipo más estructurado basado en la exclusividad del testimonio oral que conforma, desde luego, una percepción propia de la *historia del presente.*

En consecuencia, la importante cuestión de la memoria como dimensión de las formas sociales permanentemente construidas y reestructuradas y la relación de ello con la percepción y la escritura de la Historia es el asunto primordial al que se orientan estas páginas. Los *retos* de la memoria parecen ineludibles en la vida cultural de hoy. Los *trabajos* de la historia no pueden ignorarlos. Pero la pretensión, expuesta según variadas propuestas, de que la Historia no puede ser disociada de la Memoria, de que ésta es, en último extremo, la justificación y legitimación de aquélla, de que, en todo caso, su potencia rememorativa e institucional es superior al propio contenido del bagaje histórico, no puede ser aceptada sin más por una historiografía como actividad objetivadora, «científicamente» orientada, de la temporalidad social. Por ello a ese reto de la memoria debe corresponder un esfuerzo más aquilatado de *construcción* o trabajos de la historia. Memoria e Historia no son potencialidades necesariamente

correlativas, según intentaremos exponer, pero sí lo son convergentes. Como reto y como trabajo, la prolongación de la memoria en la historia debe ser un hecho y un «deber» en la consecución de un mejor conocimiento y conservación del pasado y de un mundo distinto y más justo.

Memoria y experiencia

Si la Memoria y la Historia llegan a presentarse como correlativas y secuenciadas es porque ambas son una manifestación y un reservorio de la *experiencia* humana. La experiencia vivida es acumulada en la memoria y la historia es su explicitación permanente y pública. Para plantear e intentar resolver desde el punto de vista de la función historiográfica la difícil relación entre memoria e historia no hay más remedio que pergeñar algo a modo de una «teoría de la memoria» que nos permita poner en claro de qué memoria hablamos cuando la relacionamos con la construcción de lo histórico. Es evidente que podemos prescindir aquí de variados aspectos de la entidad de la memoria que, claro está, puede ser enfocada desde perspectivas muy diversas que comprenderían entre ellas desde las biológicas a las filosóficas, pasando por las psicológicas. No es preciso entrar aquí, por supuesto, en mayores detalles sobre los múltiples enfoques y doctrinas que confluyen en el análisis de la naturaleza y función de

la memoria, es decir, las neurológicas, psíquicas, antropológicas, cognitivas, etc., de la misma forma que no lo es la contemplación filosófica de sus potencialidades **(nota 10)** en cuanto no tenga una referencia directa a su función social y su dimensión histórica **(nota 11)**.

La memoria, en su definición más sencilla posible, o sea, como la facultad de recordar, traer al presente y hacer permanente el recuerdo, tiene, indudablemente, una estrecha relación, una confluencia necesaria, y tal vez una prelación inexcusable, con la noción de experiencia, al igual que con la de conciencia, porque, de hecho, la facultad de recordar ordenada y permanentemente es la que hace posible el registro de la experiencia. Sin la memoria no existe posibilidad de experiencia, había dicho ya Aristóteles. La temporalidad humana tiene en la memoria su apoyo esencial **(nota 12)**, mientras que la continuidad que facilita a la acción humana es la clave de la función estructurante que tiene también en la constitución de las relaciones sociales. La memoria, por tanto, tiene una función decisiva en todo hecho de experiencia como la tiene también en la captación del tiempo por el hombre.

Ocurre así dada la multiplicidad operativa de la memoria como contenido vivencial, como «presentificación» –en expresión que emplean Husserl o Giddens, por ejemplo–, como función

recuperadora mediante el recuerdo o discriminadora mediante el olvido, como reordenación continua de las representaciones de la mente y, en fin, como suministradora de pautas para la acción. La memoria, en consecuencia, figura también entre las potencialidades que mayor papel desempeñan en la constitución del hombre como ser histórico. Ella es el soporte de la percepción de la temporalidad, de la continuidad de la identidad personal y colectiva, y, consiguientemente, es la que acumula las vivencias donde se enlazan pasado y presente.

Sin la capacidad de recordar, de hacer presente lo pasado, no existiría modo de llegar a elaborar una *historización* de la experiencia o una captación del presente como historia, es decir, no habría posibilidad de vivir históricamente. La importancia, por tanto, de analizar las funciones de la memoria en relación con la experiencia humana se acrecienta aún dada la insistencia de un gran número de tratadistas actuales en la relación entre memoria y recuperación del pasado tanto como entre éste, o sea, lo convencionalmente llamado Historia, y la percepción del presente en cuanto parte constitutiva del proceso histórico.

Paul Ricoeur ha llamado la atención de forma repetitiva y con énfasis hacia la diferencia entre la recordación habitual y el

esfuerzo de memoria. Entre la *mneme* y la *ananmnesis* de los clásicos griegos. Lo sustancial de sus posiciones se recoge en la aseveración de que «acordarse es no sólo acoger, recibir una imagen del pasado: es también buscarla "hacer" algo». Esta por demás convincente distinción nos coloca ante el hecho crucial de la «memoria activa», de la memoria como potencia creadora y, en consecuencia como sustrato de la *tematización* de la experiencia que es la potencialidad preeminente de la recordación **(nota 13)**. La memoria se distingue igualmente con nitidez de la función de la imaginación, en relación, sobre todo, con su contenido de «verdad». Ya Henri Bergson había reparado en que «imaginar no es acordarse», cuestión en la que insistiría también J. P. Sartre. Existen, pues, dimensiones diversas de la memoria cuyos extremos se realizarían especialmente en la distinción entre hábito de recordar y esfuerzo de rememoración y entre imaginación y recuerdo. La experiencia está mucho más ligada al esfuerzo por recordar.

La memoria es constitutivamente bastante más que un «depósito» de sensaciones y percepciones o, sencillamente, algo más que la facultad mental que permite traer al presente, mediante el recuerdo, las vicisitudes del pasado. La memoria es, más allá de eso, una facultad fundamentalmente activa,

reorganizadora y coordinadora, estructurante, que no se limita en manera alguna al registro, aunque lo realice, de lo percibido o «experienciado». Gracias a la memoria el hombre puede poner ante sí en un ejercicio mental su trayectoria vital *completa*, su biografía, como algo unitario, puede reproducirla en una secuencia ordenada temporalmente, del presente al pasado y viceversa. Puede también imaginar el futuro, y, de esta forma, puede acceder a la imagen de un *presente continuo.*

Ahora bien, ¿cómo está *representada* la experiencia en la memoria humana? Topamos aquí con la cuestión del significado mismo de representación y su importante relación con las formas de comportamiento **(nota 14)** y también con el hecho de que al hablar de representación se está presuponiendo que *no* todos los contenidos de la experiencia pasan de forma permanente a la memoria. La memoria trae el pasado al presente, pero no lo reproduce. Ello está en relación con la afirmación que ya introdujese Bergson y que ciertas corrientes de la psicología, especialmente la cognitiva, mantienen hoy de que la función real de la memoria estriba no en la retención de las vicisitudes de todo orden que se atraviesan, sino en la reconversión de ellas, o su representación, a través de categorías y conceptos. La memoria se puebla de

«estructuras interactivas» a las que se denomina *esquemas*. Estos esquemas se abstraen de la experiencia de forma que constituyen modelos del mundo exterior, que sirven a su vez «para procesar» toda nueva información. La memoria no es, pues, una reproducción del mundo exterior sino un aparato para interpretarlo **(nota 15)**.

No hay experiencia sin memoria. El recuerdo mismo pertenece al mundo de la experiencia como dicen los fenomenólogos. La Historia, a su vez, procede, en palabras de Koselleck, de «la tematización de las experiencias» **(nota 16)**. La prelación de la memoria y de la experiencia sobre la historia parece así quedar clara. Tanto la experiencia como su cristalización en la memoria constituyen, a su vez, la más intuitiva y profunda percepción del tiempo humano. La experiencia y la memoria son «condensaciones» del tiempo. Ambas tienen la estructura de la temporalidad y ambas, en consecuencia, son la condición inexcusable de toda posibilidad de historicidad.

De otra parte, la memoria no se constriñe tampoco a la capacidad de recordar, de traer el pasado al presente, sino que alcanza también a la de *olvidar* en su función selectiva. La memoria como capacidad de recordar tiene su contraimagen en la capacidad de *olvidar*, teniendo a ésta, claro está, por algo más que una simple deficiencia patológica. El olvido,

pues, no es en modo alguno una deficiencia de la actividad mnemónica, es, por el contrario, una de sus funciones. El olvido, como capacidad psíquica, es también una facultad activa, aunque peor estudiada que la del recuerdo, si bien los análisis filosóficos o sociales de la memoria como recuerdo van comúnmente acompañados de su función inversa como olvido. El *silencio* y el *olvido* tienen un «uso», ejercen un papel en el mantenimiento de las vivencias y ocupan un lugar de relevante importancia en la reproducción social y en la plasmación del discurso histórico **(nota 17)**. La *expulsión de la memoria* de determinados pasajes de ella tiene tanta significación como su conservación **(nota 18)**. La memoria, en resumen, funciona siempre en pluralidad, de manera limitada y selectiva, frágil y manipulable, se vierte, sobre todo, hacia la percepción del cambio y ejerce un trabajo simbólico de restitución y de sustitución.

También es preciso aludir de inmediato a un asunto de particular importancia para lo tratado aquí: la dimensión social de la memoria. Es decir, el hecho de que esta facultad, en cuanto que trasciende las potencias del individuo aislado, tiene por lo mismo variadas determinaciones sociales. Por una parte, la memoria siempre incluye a los demás; de otra, en efecto, es también un presupuesto de la actividad social.

En el plano antropológico y sociológico, al tiempo que la memoria actúa como un soporte fundamental de la temporalidad, destaca también como un componente imprescindible en la construcción de las realidades sociales. Su relación con éstas es recíproca: la memoria actúa y es explicable dentro de unos «cuadros [o marcos] sociales», como los llamara M. Halbwachs, uno de los clásicos en el estudio sociológico de la memoria, pero contribuye igualmente a la simbolización y reproducción de ellos.

Siguiendo precisamente a Halbwachs, suele hablarse de la existencia de memorias *individual, colectiva* y *social***,** que son tres especificaciones o grados distintos e inclusivos de la capacidad mnemónica. Más allá de la memoria individual, aparecería la memoria colectiva o memoria del grupo, mientras que la social sería la de una sociedad globalmente considerada. Maurice Halbwachs abordó en la primera mitad del siglo XX un análisis detallado de la relación entre memoria individual y memoria colectiva y, lo que es más importante, entre la memoria colectiva y la memoria histórica, esto último en un estudio que apareció póstumamente **(nota 19)**. Según él, existe un proceso de recuerdo que está más allá de cada individuo, que es impersonal, en el cual los individuos participan aunque sea parcialmente y según sus intereses particulares.

«Para evocar su pasado, el hombre necesita frecuentemente acudir a los recuerdos de los otros» **(nota 20)**. Toda memoria individual supone el marco o cuadro de la social **(nota 21)**, lo que descartaría la superficial visión de la memoria colectiva como alguna forma de mera síntesis o construcción basada en las memorias individuales.

Según esa misma dualidad, Halbwachs proponía distinguir entre una memoria interior y una exterior al individuo, una personal y una social y, además, más importante para lo que dilucidamos aquí, entre «memoria autobiográfica y memoria histórica». La memoria histórica sería, pues, una especificación temporal de la memoria colectiva. Sería externa al individuo, objetivada y socializada. Con indudables ambigüedades, esta posición recoge mucho, sin embargo, de la mantenida por Durkheim –de hecho, maestro de Halbwachs– acerca de la objetividad impersonal de todos los hechos sociales, que «se imponen» al individuo.

La proposición de que existe una memoria colectiva, es, sin duda, de notable importancia y pueden encontrársele claras analogías –en la misma medida en que existe una acción colectiva, una conciencia colectiva, etc.– pero ha suscitado después tantas dudas como la definición de cualquier concepto que representa una cualidad social emergente, que trascien-

de al actor individual y que no puede entenderse como la suma de las cualidades singulares. La memoria presupone una mente, en efecto, está relacionada siempre con una experiencia determinada y concreta. Así, pues, ¿quién o quiénes serían el sujeto –familia, clase, grupo étnico, generación histórica, etc.– de tal memoria colectiva?; ¿dónde está depositada?; ¿qué contenidos selecciona? Si bien cualesquiera contenidos de memoria tienen siempre una indudable proyección colectiva, son el reflejo de la realidad social y en ellos juega un papel esencial el contexto de la socialización, es el sujeto de ella el que representa un problema para la teoría social e histórica **(nota 22)**. La memoria colectiva es un concepto atractivo no exento de problemas, que ha suscitado menos estudios de los deseables y que, en todo caso, constituye un poderoso instrumento de análisis de los recuerdos «socialmente compartidos» **(nota 23)**.

Conviene resaltar, desde luego, el interés de esta visión *holista* de los problemas de la memoria, que evita los psicologismos frente a los que prevendría asimismo Durkheim, pero omite dimensiones esenciales en la proyección y la inserción social de la memoria, que hoy no pueden ser, en manera alguna, obviados. En efecto, la idea de memoria colectiva «se aviene con dificultad con su casi homónimo de memoria social,

ello esquivando conscientemente las muchas y muy sutiles reflexiones y matices que cabrían en la comparación entre lo colectivo y lo social» **(nota 24)**. De la obra de Halbwachs están prácticamente ausentes los problemas derivados de los *usos* de la memoria, la manipulación de la memoria colectiva, su importancia ideológica y como instrumento de poder, su papel en la lucha por la dominación y la hegemonía y, en último extremo, su fragmentación.

La memoria colectiva no parece en absoluto un producto inmediato de la actividad social, sino que es una construcción cultural muy elaborada. ¿Existe algún colectivo con una memoria única? O bien, ¿cómo se constituye esa memoria común? La memoria colectiva es el lugar común de todas esas importantes realidades sociales y, de paso, todas las dificultades epistemológicas, a las que Halbwachs no se refiere. Sus estudios, sin embargo, siguen prácticamente insuperados en lo que atañe a la tesis de que la memoria individual y colectiva, y, por supuesto, la memoria histórica, son siempre en efecto construcciones en las que la dimensión social no es meramente un contexto sino una causa. La memoria es una dimensión más de las relaciones sociales que precisa siempre una contextualización, contrastación y, sobre todo, objetivación.

Las peculiaridades de la memoria social y la memoria histórica, sin embargo, no se agotan ahí. Importa tanto más señalar, entre otras muchas cosas posibles, que, por lo que atañe a la función y al «uso» de la memoria como factor de concienciación histórico-social y cultural, existen decisivas diferencias entre las memorias sociales justamente en relación con la experiencia. Existen una memoria *directa*, llamada también, a veces, *espontánea*, frente a otra *adquirida* o *transmitida*, o, lo que es lo mismo, una memoria ligada a la experiencia vital, propia y directa, del individuo o el grupo, la memoria *viva*, y otra que es producto de la transmisión de otras memorias, de la memoria de los predecesores, la memoria *heredada.* Los entrecruzamientos de estas memorias son absolutamente esenciales para el análisis a fondo de la *memoria histórica.* La memoria, por lo demás, es una referencia decisiva también en procesos como los de identidad, integración grupal o generacional y en la elucidación del significado de la acción pública, social y política. Hay, en fin, una memoria *institucional* (lugares de memorias, liturgias y rememoraciones públicas, utilización política, derechos de la memoria y prácticas del olvido) cuyos contenidos son clave para la práctica y la reproducción social.

Memoria e Historia

No es difícil entender, como consecuencia de todo lo expuesto, que el problema central al que debemos dirigir la atención es la manera exacta en que se establece la relación entre *memoria* como representación permanente de la experiencia en la mente individual y en los colectivos humanos e *historia* como racionalización y objetivación temporalizadas y expuestas en un discurso, por decirlo así, de tal experiencia. Porque a partir del esclarecimiento de ese enlace esencial podremos penetrar con mayores garantías en el problema mayor de la función de la memoria en la construcción de lo histórico y del presente histórico.

La memoria tiene dos funciones importantes en la aprehensión de lo histórico, sobre el plano general de su significación como sustento de la continuidad de la experiencia. Una de ellas es la capacidad de reminiscencia de las vivencias *en forma de presente.* La memoria, como decimos, es capaz de *reasumir* la experiencia pasada como presente y, al mismo tiempo, como duración, lo que no equivale a decir que no contenga su propia temporalidad interna, que no dé cuenta de la sucesión temporal. El presente histórico, como percepción subjetiva, se fundamenta justamente en la extensión de la *memoria de vida*, y excluye en buena medida, aunque no

de forma absoluta, la memoria transmitida, la memoria del pasado heredado pero no vivido, sin mengua de que esta última tenga naturalmente una importante función también para interpretar y dotar de significado la memoria vivida. En su sentido extendido, un presente es el contenido completo de una memoria viva, no heredada, aunque el tiempo esté en ella ordenado según la secuencia pasado-presente.

La segunda función destacable deriva de su papel no ya como presupuesto, predisposición o, si se prefiere, umbral, de lo histórico, sino como *soporte mismo de lo histórico*, y como vehículo de su transmisión, limitada prácticamente a ella cuando se trata de la transmisión oral. Definitivamente, no hay historia sin memoria. Aún así, una afirmación de tal género tiene que ser cuidadosa porque corre el riesgo de ser equívoca: la memoria y la historia no son, a pesar de su estrecha relación, entidades correlativas relacionadas en un único sentido.

En definitiva, llegamos al meollo verdadero de la relación que intentamos clarificar: ¿cuál es el sentido propio de esa estrecha relación entre memoria, potencia cognoscitiva, instrumento imprescindible de la relación social y dispositivo central en la percepción humana del tiempo, e historia, conciencia de la temporalidad de todas las acciones, atribución

que poseen todas las creaciones humanas y discurso que las objetiva y las registra en el tiempo? Que la Historia parece ser la materialización y prolongación de los contenidos de la Memoria es, como hemos visto, una suposición muy antigua. Los historiadores han intentado establecer muchas veces la naturaleza exacta de esa ligazón irreductible. Unos de los tratadistas contemporáneos más citados, Pierre Nora, se pronunció sobre ello en el sentido de que mientras «la memoria es la vida», en evolución permanente, abierta a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia, inconsciente de sus deformaciones progresivas y vulnerable a las manipulaciones, la historia es «la reconstrucción siempre problemática e incompleta de lo que ya no existe». La memoria es un fenómeno siempre actual, la historia es una representación del pasado. Existen tantas memorias como grupos, es por naturaleza múltiple, colectiva, plural e individual. La historia, por el contrario, pertenece a todos y a ninguno y por ello tiene vocación universal **(nota 25)**.

Aquí y allá, dicho de una manera u otra, la permanente ligazón y la permanente también dicotomía parece hacerse descansar en que la Memoria es una potencia radical de lo humano al tiempo que un factor imprescindible de la vida social y la percepción temporal, mientras que la Historia es una

atribución osteológica del tiempo humano, pero es también una construcción intelectual y por lo tanto un producto cultural emergente. Insistiendo y matizando en este orden de ideas, podría añadirse que la memoria, bastante más allá de la facultad que nos permite recordar es un fenómeno social estructurante, donde converge la tensión entre lo individual y lo colectivo. La historia representa el peso y el paso ineluctables del tiempo, pero en alguna manera es una creación libre del hombre. En cualquier caso, la Historia-discurso es bastante distinta de la Memoria-recuerdo, pero siempre aquélla empieza su construcción sobre ésta. La memoria cultural que aquí nos importa es la que se incardina en el trabajo de la rememoración. En este sentido la memoria tanto individual como colectiva o social tiene relaciones cambiantes con el discurso de la historia. La historia, por su parte, es tanto rememoración como registro. Sin embargo, el registro no es necesariamente rememoración.

La historia debe incluir la memoria, pues, pero esta segunda no equivale necesariamente a la primera. La historia aparece, decíamos, como una creación intelectual, como un discurso modelado por decisiones culturales. En definitiva, con el paso del tiempo la realidad histórica ha venido a estar representada cada vez más por lo que los franceses han llamado «l'histoire

savante», la historia erudita. En ese nivel memoria e historia son categorías claramente distintas. Pero si la memoria es una potencialidad constitutiva de lo humano, modelada, a su vez, por la dinámica social misma, por el cambio, y la historia es el registro de ese cambio, la discriminación entre una y otra se hace necesariamente problemática. La cuestión real reside aquí, a lo que parece, en la dificultad de hablar de una «memoria colectiva» como dimensión realmente global, mientras que la historia no puede tener sino ese carácter global.

Una determinada comunidad interpreta su historia de maneras distintas en función de los grupos que la componen, de sus intereses y de sus memorias, pero cada uno de ellos pretende que su interpretación es la universalmente válida, la que afecta a *todos.* El problema central de toda memoria es, pues, el de su «fiabilidad». Sin embargo, la historia tiene una connotación definitoria inexcusable: su necesario contenido de verdad. Una historia cuya verdad puede ser negada pasa a ser necesariamente ilegítima. El contenido veritativo de la memoria es mucho más aleatorio. La memoria es, sobre todo, una visión particular del pasado. La memoria es mucho más fragmentaria. Es la *memoria histórica*, por tanto, el punto real e imprescindible de la convergencia entre las memorias

particulares y la historia de vocación universal de la que hablaba Pierre Nora y el punto real entre una y otra realidad no puede establecerlo sino la «memoria histórica».

El problema esencial queda ya, a nuestro juicio, suficientemente enunciado. ¿Debe continuar manteniéndose «el estatuto de matriz de la historia otorgado comúnmente a la memoria»? **(nota 26)**. La respuesta sólo puede ser matizadamente positiva. Memoria e historia son realidades con una relación secuencial y necesaria, incluso, pero distinguibles la una de la otra y, desde luego, separables. Ello quiere decir que la relación no las hace necesariamente coincidentes ni aún necesariamente convergentes en su naturaleza. Su relación es inequívocamente contingente, como tendremos ocasión de discutir después. Los contenidos de la memoria, de cualquier memoria, de las memorias vivas y de las heredadas, no constituyen ya, en sí mismos, el contenido de la historia. Para que la memoria sea historia necesita «algo más» que el esfuerzo por la rememoración. Necesita convertirse, o ser convertida por la «operación historiográfica», para decirlo también en los términos empleados por Ricoeur, en «memoria anónima», en memoria objetivada. Memoria e historia se acercan, efectivamente, cuando se establece entre ellas una relación que sólo se entiende si se tiene en cuenta, al menos, un requisito que

el propio Halbwachs acertó a expresar con precisión: para que la experiencia o sencillamente la imagen de lo vivido alcance la realidad de lo histórico será preciso que *salga de sí misma*, que se coloque en el punto de vista del grupo, que pueda denotar que un hecho marca una determinada época porque ha penetrado en el círculo de las preocupaciones y de los intereses colectivos **(nota 27)**.

No hay Historia sin Memoria, repitamos, pero dado que lo recíproco no es igualmente cierto ello quiere decir que la relación es unidireccional y que no puede descartarse la confrontación conflictiva entre ellas. En definitiva, la Historia tiene su propia autonomía, no coincide necesariamente con la Memoria. A consecuencia de ello, siendo cierta la importancia que la cultura actual da a la función social de la memoria, e innegable su extraordinaria relevancia en las formas en que percibimos hoy la *historicidad*, es erróneo, a nuestro juicio, extraer de ahí la conclusión de que la *lucha por la memoria* es específicamente análoga a la lucha por la historia, y por la verdad de ésta... Es erróneo, en fin, suponer que ambas cosas son sinónimas y que la lucha por la memoria es inequívocamente la muestra de una «persistente conciencia histórica» como «característica emblemática de nuestra condición de contemporáneos» **(nota 28)**. Esa homologación incurre,

sencillamente, en una petición de principio. La relación en cuestión, además, dista de poder ser considerada aislada del complejo de vertientes sociales y culturales presentes en una situación histórica en la que la «lucha por la memoria» tiene dimensiones muy distintas de la de reflejar meramente conciencia histórica. Porque la lucha por la memoria es, entre otras cosas, una lucha política y ética.

En efecto, memoria y conciencia histórica pueden coexistir sin que su correlación e interdependencia sean necesarias ni enteramente discernibles, ni sus manifestaciones obligadamente convergentes. La lucha por la recuperación de la memoria del pasado, la lucha contra el olvido, tiene una trascripción al discurso de la Historia que no es en modo alguno lineal. Una correlación de ese género no podría ser postulada, tiene que demostrarse. Quienes claman por la preservación de la memoria de determinados hechos del pasado, no reclaman necesariamente una mejor investigación histórica de ellos… La Historia es dado por supuesto. Quienes exigen su conservación y se lanzan a la «lucha por la memoria» son, muy destacadamente, los *portadores* mismos de ella. Son los depositarios directamente concernidos por los hechos cuyo recuerdo permanente se reclama, sus beneficiarios o sus víctimas. En manera alguna queremos decir que ello afec-

te a la legitimidad de los valores reclamados, sino que esa reclamación implica la preeminencia de las pretensiones de retribución ética, identitaria, social, en definitiva, de la memoria sobre la verdad de su contenido. Por ello puede llamarse, justamente, a nuestra época, la del testigo **(nota 29)**.

La reclamación de memoria no es estrictamente correlativa y sintomática del aumento de conciencia histórica o de conciencia de la *historicidad*, aunque pueda serlo, sino que se incardina primariamente en la lucha por las identidades, las restituciones y reparaciones, por la «justicia sobre el pasado», el reconocimiento de las diferencias y los protagonismos, el rescate del olvido y el desvelamiento de las biografías marginadas. Y todo ello obediente, ahora sí, de manera estrechamente correlativa, al reflejo directo del peso de la cultura actual de la comunicación de masas.

Mientras la memoria es valor social y cultural, es reivindicación de un pasado que se quiere impedir que pase al olvido, la historia es, además de eso, un discurso construido, obligatoriamente factible de contrastación y objetivado o, lo que es lo mismo, sujeto a un método. Puede, por tanto, y esto es esencial, ser distinto de los contenidos, o de algunos contenidos, de la memoria. La relación entre la memoria y la historia es por fuerza muy determinante, pero de ahí no se infiere

la identidad de ambas realidades. La relación entre ellas es compleja, sinuosa, ninguna de ellas contiene enteramente a la otra. Por ello, considerar que la existencia de una memoria socialmente desvelada ya y la presencia de usos explícitos de ella son la antesala ineludible de su conversión historiografía y que ésta prolonga, solidifica y legitima directamente aquélla, es otro error de concepto.

De la misma forma que en el caso de la conciencia histórica, la relación de la memoria con la historia como operación intelectual es inestable. Memoria e Historia son categorías del conocimiento de orden diverso, sobre todo porque, frente a la pretensión de «objetividad» que toda construcción historiográfica debe tener ineluctablemente, no hay memoria *neutral*, ni inocente, como no ninguna facultad humana lo es enteramente. Por lo demás, «no siempre resulta fácil trazar la línea que separa el pasado mítico del pasado real». Y es que «el pasado recordado con intensidad puede transformarse en memoria mítica» **(nota 30)**. Por lo general, los sujetos y los grupos organizan su memoria como autojustificación y autoafirmación, pero no necesariamente como contribución histórica desinteresada. Toda especie de memoria colectiva en cuanto representativa de un grupo es la expresión de un *nosotros*, y está ligada a los intereses de quienes la ex-

presan. De ahí que *los olvidos* cumplan muchas veces en negativo esa misma función de representación de intereses. La Historia, como dijese François Bédarida, ve el acontecimiento desde fuera, mientras la memoria se vincula a él y lo vive más bien desde dentro **(nota 31)**. La Historia no pretende, en cualquier caso, ni monopolizar el aporte de la memoria, ni agotar su significado, y, sin embargo, «son los mismos que proclaman la necesidad de mantener la llama de la memoria y subsidiariamente de establecer la verdad de la historia los que solicitan a los historiadores para ayudarles y para legitimar sus resultados» **(nota 32)**.

Conservar la memoria, en definitiva, no equivale ni indefectible ni inmediatamente, a construir la historia. Pero hay en realidad, pese a todo ello, un par de extremos en el que Memoria e Historia como categorías están sujetas a las mismas determinaciones y cumplen de forma paralela una misma función. Uno es su significación de batalla contra el olvido; el otro es la imposibilidad de ambas de contener en sí «todo el pasado» **(nota 33)**. Sin embargo, la conservación de la memoria, incluso «el deber de memoria» del que hablan sus mantenedores, no asegura necesariamente una historia más verídica, porque la memoria como facultad personal y como referencia de un grupo, de cualquier carácter, es siempre

subjetiva, representa una visión parcial, no contextualizada en su temporalidad y no objetivada.

Para que la memoria trascienda sus limitaciones y sea el punto de partida de una historia es preciso que se opere el fenómeno de su *historización*, o, lo que es lo mismo, de la historización de la experiencia, asunto al que nos referimos en extenso en otro lugar **(nota 34)**. La memoria puede ser, y es de hecho, objeto de una historización, en el sentido subjetivo y objetivo de tal expresión, pero ello no es un proceso *necesario* ni indefectible. Esa historización es ella misma un producto histórico, sujeto a condicionantes y determinaciones externas, como muestra el hecho de su presencia desigual en unos u otros momentos históricos. Justamente, una de las características culturales más acusadas de las sociedades actuales es la profundidad del fenómeno de historización de la memoria, pero ello no puede predicarse en la misma medida de todas las épocas. El recuerdo es una operación intencional. La historización se apoya en una superación de la intencionalidad, en una objetivación de los contenidos de memoria. La memoria no lleva de suyo, por su propia virtualidad, «naturalmente», a producir una historia; tampoco es la historia *aún*, sino que es una *pre*-historia, una «materia de historia», de eficacia diversa. No es una historia construida,

sino una materia que debe ser historizada. Por lo dicho, la reivindicación de la memoria no siempre conduce a una mejor verificación de la historia. La historia, la historia verificada, se entiende, no puede legitimarse por la justicia y oportunidad de la preservación de una determinada memoria sino sencillamente por la propiedad y rigor de su discurso.

Además, la memoria en cuanto *fuente* de historia debe estar sujeta, y en las mismas condiciones que todas las demás, a los requisitos metodológicos aplicables a cualquier género de fuente histórica. De hecho, y según es bien sabido, son los contenidos de la memoria no escrita, de la memoria oral, los que constituyen el fundamento de la historia oral, de la historia sobre fuentes orales y también del mecanismo de las «historias de vida». Ello conduce al mismo género de operaciones que en todos los demás casos: identificación como fuente idónea, contrastación, contextualización temporal, relativización, objetivación y construcción de un discurso metodológicamente fundamentado. El ejemplo de las fuentes orales, por tanto, y las cautelas metodológicas a que obligan es ampliamente demostrativo de estas necesidades **(nota 35)**. Las memorias pueden llegar o no al grado de una verdadera construcción histórica, para lo que han de pasar por su reelaboración en forma de discurso objetivado y probado, con

una certificación intersubjetiva, es decir, una aceptación que nunca es perfecta ni absoluta.

La Historia restituye la memoria del pasado pero puede también rectificarla. La tensión entre la memoria de los testigos y la construcción del historiador está siempre presente y puede llegar a ser conflictiva. La historia más reciente está poblada de ejemplos de ese tipo **(nota 36)**. La memoria retiene el pasado pero es la historia la que lo explica. La falibilidad de la memoria debe ser un presupuesto a la hora de basar en ella la historia. Como dijese Ch. Wright Mills, «el historiador representa la memoria organizada de la humanidad y esa memoria, como historia escrita, es enormemente maleable» **(nota 37)**. La misma falibilidad de la memoria condiciona esa maleabilidad de la historia escrita. Afirmar, por tanto, que la función de hacer, de escribir, la historia, equivalga inequívocamente a la «restitución de la memoria» es un error por exceso, no siempre desinteresado, y existen buenos ejemplos contemporáneos de ello. Cuando el historiador se cree el guardián de la memoria, o es tenido por tal **(nota 38)**, es víctima de una ilusión. Existen «trabajos de la memoria» que pueden constituir un soporte y hasta una legitimación de una historia. Pero la Historia no se fundamenta necesariamente en tales trabajos **(nota 39)**.

Historizar la memoria es, por lo pronto, tomar conciencia de que existen cambios en su percepción que modifican el sentido que damos al pasado **(nota 40)**. El contenido de la memoria puede ser reinterpretado, como el de la historia, pero la argumentación de esta última tiene que pasar siempre por una prueba. La memoria es mucho más libre, no necesita poner su legitimidad a prueba. El sentido que tienen las experiencias que la memoria actualiza es visto de manera distinta a causa no del alargamiento en el tiempo de la experiencia misma, sino, sobre todo, del sentido de esa experiencia en la medida en que cambia a medida que se prolonga **(nota 41)**. En este orden de cosas, la historización equivale también al intento de explicar la vida personal o colectiva en el contexto y significado de la Historia que nos ha precedido, de la Historia que se nos ha legado. Es interpretar la historia vivida a la luz de la no vivida. La historización de la memoria, que tiene como operación esencial, de hecho, la relativización temporal de lo rememorado, es la condición previa para poder historiarla, lo que significa igualmente racionalizarla, antes de su inserción en un discurso histórico verificable.

De otra parte, nunca puede obviarse el hecho de que la memoria colectiva y la memoria social han de ser *públicas* para poder ser tenidas por «hechos sociales». Ello las relaciona

con la cuestión de los poderes, de las hegemonías ideológicas y sociales, de la dominación y el sometimiento, y, en ese contexto, son objeto siempre en disputa. La memoria se ha convertido en alguna manera en una formidable arma de combate cultural, ético y político. De ahí también la existencia de emprendedores de la memoria y de políticas de memoria **(nota 42)**. Existe un permanente *debate* de la memoria, en especial acerca del pasado reciente, mientras la «obsesión» por ella se manifiesta en la sinonimia, muchas veces abusiva, que se hace entre «pasado» y «memoria». «La memoria constituye la denominación actual, dominante, para designar el pasado, no de una manera objetiva y racional, sino con la pretensión explícita de que es preciso conservar tal pasado, mantenerlo vivo, atribuyéndole un papel, sin que, por otra parte, se precise cuál» **(nota 43)**.

En cualquier caso, en una sociedad y en un momento histórico dado jamás existe una *sola* memoria, sino varias en pugna. De ahí que la idea de memoria colectiva deje muchos cabos sueltos. Además, junto a la «memoria combate» aparece muchas veces la *no-memoria*, es decir, el intento de expulsión de ciertos hechos fuera del bagaje completo de la memoria. En efecto, las memorias del pasado pueden enfocar su luz sobre una parte de sus contenidos y dejar a otros

conscientemente en la oscuridad. Ocurre esto en especial en el fenómeno señalado por E. J. Hobsbawm según el cual el pasado parece quedar absorbido en el presente; pero, añadamos, ello ocurre selectivamente. El fenómeno nos instruye sobre el valor de lo olvidado en contraposición a lo rememorado. Podría ejemplificar este hecho el caso de una sociedad como la española donde una transición política de la dictadura a la democracia ha sido un ejercicio colectivo de recuerdo y de olvido selectivos.

De otro género, pero con consecuencias que impiden igualmente hablar de la Historia como simple trascripción de la Memoria, es la característica de una memoria tan omnipresente hoy como la de la *shoah*, el genocidio de los judíos centroeuropeos en las cercanías de la mitad del siglo XX, un hecho cuya entidad no ha hecho sino adquirir relieve desde la posguerra de 1945. Estamos aquí ante el ejemplo de una memoria extraordinariamente activa y legítima pero puesta en muchos casos al servicio de intereses que van mucho más allá que la preservación de una historia ejemplar y paradigmática de la barbarie y el horror. Efectivamente, «el Holocausto se transformó en un signo del siglo XX y del fracaso de la Ilustración» **(nota 44)**. Pero si con toda justicia se ha hablado de «los asesinos de la memoria» que han intentado

negar aquel hecho, con no menos se lo ha hecho de la «industria del Holocausto» **(nota 45)**. Esta selectividad u orientación particular de la memoria opera en muchas ocasiones magnificando una barbarie a costa del ocultamiento o minusvaloración de otras, tanto en su propia identidad y cualidad como en sus consecuencias **(nota 46)**, justificando el sufrimiento de unos en el presente por los sufrimientos de otros en el pasado. Los «lugares de Memoria» y sus simbolismos no son, en modo alguno, de manera inmediata y por la sola virtud de su potencia rememorativa, «lugares de Historia».

Memoria y presente histórico

Naturalmente, el tema específico de la relación entre memoria y construcción historiográfica del *presente histórico* **(nota 47)**, participando de todas las connotaciones que ya hemos señalado, presenta algunas particularidades más. La posibilidad de definir, en el plano subjetivo al menos, un presente histórico «propio» se apoya también, sin duda, en la capacidad de la memoria para sustentar historias particulares aunque en absoluto baste la trascripción del pasado al presente, su actualización, para poder disponer de un discurso histórico articulado y verificado. Por su propia naturaleza, la memoria del presente no puede ser otra primordialmente que la *directa*, la espontánea o viva, la que corresponde a una

experiencia vivida, aunque en la construcción de un presente histórico tenga también un papel relevante la memoria *heredada*. La cuestión central es aquí la determinación de en qué grado las procedencias de los diversos contenidos de memoria (la directa y la heredada, la individual, colectiva o social) participan en la delimitación del presente histórico.

Además de ello, entender el presente como historia y conceptualizar a partir de ello una historia del presente no es posible tampoco sino como operación de *objetivación* de la memoria, como racionalización de ella y como comunicación fenomenológica interpersonal. Por tanto, la memoria en la que se basa un presente histórico ha de ser memoria *pública,* como cualidad emergente en el colectivo social. Esa memoria pública que conforma el presente, construida sobre las memorias vivas, no puede, sin embargo, prescindir de la memoria heredada, de la continuidad de la transmisión histórica. De esa forma, memorias individuales y colectivas, memorias sociales, memorias vivas y heredadas, tienen necesariamente que converger en la construcción de una *memoria histórica*.

Si bien las posiciones de M. Halbwachs sobre la memoria histórica no resultaban del todo convincentes, de él proceden algunas observaciones sobre la «memoria vivida» que son, a nuestro juicio, mucho más aceptables. Halbwachs, que

empieza afirmando que «un acontecimiento no adquiere su lugar en la serie de los hechos históricos sino algún tiempo después de haberse producido», no duda luego en remachar que «no es en la historia aprendida sino en la historia vivida en la que se apoya nuestra memoria» **(nota 48)**. Con ello, efectuaba una asimilación de la historia «contemporánea» –es el término que emplea– a la historia vivida. Una historia contemporánea, que hoy estaríamos obligados a llamar *coetánea*, o simplemente historia presente, se construye necesariamente sobre la memoria e imagen de lo vivido.

La historia empieza a ser vivida desde el uso de razón, continua Halbwachs, aunque no se posean entonces las necesarias referencias a una historia externa, una historia englobante, para encuadrar y valorar la nueva historia particular que empieza a nacer. Desde entonces comienza la participación en la memoria colectiva y el momento en que los hechos históricos se comprenden como tales se produce cuando el recuerdo está aún vivo. «Es entonces cuando del recuerdo mismo, de su entorno, vemos de alguna manera irradiar su significación histórica». Halbwachs retoma así el tema de que los recuerdos más lejanos de la infancia son siempre re-actualizados, pero ningún recuerdo prevalecería si en el momento en que el hecho recordado era una realidad no se le

hubiera adjudicado ya un sentido que, en todo caso, el paso del tiempo fijará y clarificará **(nota 49)**.

Ricoeur haciendo una amplia exégesis de las ideas de la fenomenología de Husserl al tratar de «la conciencia interna del tiempo», de las «diferencias eidéticas entre imagen y recuerdo», señala asimismo que la línea de separación o ruptura entre una y otra como las dos formas de actividad mnemónica corre entre «presentación y presentificación» **(nota 50)**. No nos parece que sea difícil establecer una clara relación entre esta diferenciación y la idea de que tal *presentificación* es un componente de la *historización* de la memoria y, en consecuencia, de la historización del presente. Función de la memoria y concepción de un presente histórico marchan así estrechamente entrelazados.

Puede decirse también que, desde el punto de vista generacional, la transmisión cultural desde los antecesores a los sucesores opera de forma que ha de confrontarse con el doble origen y doble naturaleza que tienen los *contenidos de memoria*. En la memoria permanecen tanto el recuerdo de lo «que fue *individualmente obtenido por uno mismo*», como los contenidos procedentes de lo que se llama la *apropiación*, que debe entenderse como memoria adquirida **(nota 51)**. Una cosa es la experiencia de lo realmente vivido y otra lo que nos

transmite la tradición, lo que nos incorpora la memoria anónima del grupo. Sólo el contenido de la memoria personal es parte de la experiencia historizable aunque tal historización recurra también realmente a la memoria *histórica*. Sólo ese recuerdo personal se posee verdaderamente.

El saber obtenido en situaciones reales es el que *queda fijado*, diría Karl Mannheim. Y añadiría: «alguien es viejo, ante todo, cuando vive en el contexto de una experiencia específica que él mismo obtuvo y que funciona como una preconfiguración, por cuyo medio cualquier nueva experiencia recibe de antemano, y hasta cierto punto, la forma y lugar que se le asignan» **(nota 52)**. La configuración completa de la memoria es la que asigna su lugar a la memoria heredada entre los contenidos de la memoria directa. Ello forma parte de la madurez progresiva de la experiencia. He aquí una adecuada manera de distinguir entre una experiencia realmente vivida por la generación de más edad, que nos fija el límite cronológico más lejano de una cierta historia del presente, y la escasa experiencia de aquélla más nueva que está en trance de construir su propia configuración vital e histórica.

La *coetaneidad* está marcada asimismo por la realidad, la expresión y la presión de la memoria y las memorias. El depósito más completo de la memoria colectiva de una sociedad

suele residir e, incluso, estar encomendado a la generación existente más antigua. Ello implica el problema de la relación entre las memorias de al menos dos de las generaciones coexistentes, la de los antecesores y la activa. ¿Cómo se percibe una historia que tiene su momento axial en un hecho de la memoria personal de la generación más antigua? ¿Qué peso tiene esa memoria en la acción histórica de los actores convivientes? No es negable que algún hecho importante no vivido por las generaciones coetáneas puede ser clave, sin duda, en la memoria del presente. No nos faltan ejemplos de ello, de la potencia para fijar «momentos axiales» en la historia, en algunos acontecimientos particularmente traumáticos del siglo XX. La guerra civil de 1936-1939 en el caso español, la Segunda Guerra Mundial en la escala completa del planeta como configuradoras de la memoria histórica de las generaciones siguientes.

Pero la memoria que contribuye a fijar la naturaleza de un determinado presente histórico no es única, no es unánime, ni pertenece necesariamente a una sola de las generaciones que conviven. La memoria de los acontecimientos traumáticos nos muestra un inmejorable ejemplo de ello **(nota 53)**. La memoria del acontecimiento traumático tiene un contenido diverso que el propio curso de la historia posterior y la remi-

niscencia de las generaciones venideras enfoca en sentidos diferentes. Un ejemplo patente de ello lo tenemos también, una vez más, en la influencia de la memoria de la guerra civil en España para la generación que protagonizó la transición posfranquista a la democracia **(nota 54)**. La guerra civil era un hecho de memoria heredada para la generación que surge a la vida política activa española en los primeros sesenta y que no la había vivido, pero había sido socializada en su memoria, la memoria de los vencedores, por cierto. El peso de la memoria de los hechos no vividos puede ser importante, pero sólo en cuanto pasa a integrarse como memoria viva.

En toda esta potencialidad configurativa de una historia que posee la memoria una cosa es la memoria de los protagonistas, la «memoria épica», la memoria propia de la *historia vivida*, que sus portadores reivindicarán insistentemente frente al olvido. El punto nodal es aquí la *memoria biográfica*, y al hablar de una biografía donde la memoria es la clave lo hacemos tanto en el caso de la individual como de la colectiva, de los recuerdos del «nosotros». La memoria biográfica es siempre valorativa. Es la memoria del dolor, del bien y del mal y es el más fuerte antídoto contra el olvido de lo que nunca debe ser olvidado… En este sentido, la diferencia con la construcción de la historia no puede ser más notable.

Pero tal memoria va siendo asumida por las generaciones posteriores. De ahí que pase a ser la memoria que busca su sitio en la memoria histórica y en la historia construida y que puede devenir, en una tercera fase, en la «memoria ética», la memoria de la restitución, la del reconocimiento y la justicia. La memoria se liga así a la percepción de las generaciones y se contrasta entre ellas no sin conflicto. Un caso paradigmático nos parece el proceso español actual centrado en una pretendida «recuperación de la memoria histórica» que tiene como protagonista a la tercera generación que sucedió a la guerra civil de 1936-1939. El presente histórico está así marcado por las memorias generacionales de los hechos traumáticos. Por ello decimos a veces que el pasado se resiste a pasar... y afirmamos que la coetaneidad no representa en forma alguna un corte con el pasado histórico mientras éste permanezca como contenido de experiencia y memoria para una generación viva.

El presente concita sobre sí una memoria propia, de la misma forma que dijese Unamuno que podía concitar también una tradición. El presente histórico, del que se ocupa la historia del presente, sólo es definible por la relación y el juego de las memorias *vivas*, pero puede decirse también que sin esas memorias parcialmente heredadas la historización del

presente no sería posible. Recogerá tal historia ciertos *pasados* de los vivos que serán más extensos cuanto mayor sea su edad. En este caso, se producirán mayores «espesores de memoria». Pero hablará también de realidades que, ellas mismas, son un presente con escueto pasado para las gentes más jóvenes.

Así, existe un flujo continuo de la memoria entre generaciones, sucesivas o convivientes, una interacción en las generaciones convivientes entre la memoria individual y la colectiva, una elaboración trabajosa más o menos acabada de los perfiles comunes de una memoria histórica de la que pueda participar un colectivo definido más allá de sus rupturas internas, sin todas las cuales no sería posible la construcción de un discurso histórico basado en experiencias propias. En la memoria sobre la que se constituye el presente histórico no ocupa un lugar central, aunque tampoco la excluya, la tradición escrita, los hechos transmitidos, o las historias establecidas de un pasado que se sitúe más allá de la *memoria de los vivos*, de su experiencia personal. Esa memoria lo es ya irremisiblemente del pasado, no del presente, escapa a las generaciones vivas. La experiencia de la sociedad presente parte, por tanto, y sólo puede partir, de los más antiguos contenidos de memoria que están depositados en la genera-

ción viviente de mayor longevidad. La historia del presente en cada momento histórico empieza, pues, en aquella coyuntura o *momento axial* que la hace inteligible en su conjunto y que debe ser considerado el patrimonio principal que la generación activa transmite a la sociedad coetánea.

También es pertinente ahora, por fin, la distinción entre memoria escrita y memoria oral. Ello es de una especial importancia en la historia del presente donde la memoria oral puede jugar un papel testimonial esencial. Al contrario que en la historia al uso donde siempre se ha tenido a la memoria escrita por la fundamental y a la oral por la secundaria, los papeles se invierten aquí. De ahí que esa *era del testimonio* de la que se ha hablado sea, sobre todo, la era del testimonio oral. En el contexto de la relación problemática entre Memoria e Historia, la categoría misma de historia oral y las profundas implicaciones metodológicas que se derivan de su construcción deben ocupar un lugar destacado. En este sentido es el *testimonio* el punto de convergencia de la memoria con la historia **(nota 55)**.

Como consecuencia global de lo que decimos parece imponerse la evidencia de que la historización de la experiencia, que es el fundamento de toda posibilidad de hablar de una historia del presente, aparece, al menos en cierto sentido,

como una *historización de la memoria.* La existencia de un presente histórico se basa fundamentalmente en la posibilidad de confluencia de las memorias vivas y las memorias adquiridas de las generaciones coexistentes. La historia del presente recoge fundamentalmente el espectro temporal de las memorias *vivas*, mientras que la Historia en su más amplio sentido recoge también toda la potencia de las memorias *transmitidas*, de las memorias de la sucesión. Pero ambas son inexcusables en la construcción de la historia del presente. Está justificada la diferencia entre una historia vivida y una historia heredada, aunque no es posible una distinción de alcance ontológico entre ambas y, por ello, la historia de cualquier presente no se explica sin la historia heredada.

En definitiva, la Historia no puede prescindir de la Memoria, pero ésta, en cuanto ella misma es una potencia activa, combativa, configuradora de relaciones sociales, ni puede ser la única de las *fuentes* de aquélla y ni siquiera su *matriz* exclusiva. Todas las experiencias históricas quedan registradas en la memoria, claro está. Pero la memoria tiene su propia trayectoria no necesariamente confluente con el discurso de la Historia. Ni la Historia, por lo demás, puede recoger *todo* el acervo de la memoria. La relación permanecerá siendo viva, dialéctica, problemática y, siempre, fructífera.

* En sus pasajes principales este texto es una adaptación del contenido sobre el mismo asunto con el título «Experiencia, Memoria e Historia» en el libro del autor *La Historia vivida. Sobre la Historia del presente,* Madrid, Alianza Editorial, 2004.

1. El lector observará que en el texto se utilizan las palabras Memoria e Historia tanto escritas con mayúscula como con minúscula. Ese uso doble no es ambiguo y es, también, por lo demás, frecuente. En el primer caso hablamos de las categorías mentales y científicas que esas dos realidades representan. Lo escribimos con minúscula cuando queremos referirnos a la construcción particularizada o a la actividad de la memoria social y de la historiografía respectivamente.

2. Maurice, J., «*Question ancienne, question actuelle*», en Chaput, M-C. y Maurice, J., *Espagne XX siècle. Histoire et Mémoire.* Regards/4, Université Paris X-Nanterre, 2001, p. 15 y ss.

3. Huyssen, A., *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México, FCE, 2002, p. 13.

4. Algunas referencias a ello serían Jenin, E., *Los trabajos de la memoria,* Madrid, Siglo XXI, 2002. Viewiorka, A., *L'ère du témoin,* Paris, Plon, 1998. Rousso, H., *Vichy, un passé qui ne passe pas*, Paris, Gallimard, 1996, y también Rousso, H., *La hantise du passé*, Paris, Les Éditions Textuel, 1998 (transcripción de una entrevista al autor).

5. Nora, P. (dir.), *Les Lieux de Mémoire,* Primera edición en Paris, Gallimard, 1984-1992, 7 vols.; reedición en Paris, Gallimard, 1997, 3 vols.

6. Tal como muestra un libro de ese título *¿Por qué recordar*? Buenos Aires, Editorial Granica, 2002, sobre una edición original francesa de 1999, producto de un simposio internacional sobre «Memoria e Historia» organizado por una «Academia Internacional de las Culturas» presidida por el conocido militante sionista Elie Wiesel y auspiciado por la Unesco.

7. Huyssen, A., *En busca del futuro perdido*..., op. cit., p. 13.

8. Colmeiro, J. F., «*La crisis de la memoria*», *Anthropos*, Barcelona, n.os 189-190, pp. 221-227. El autor se refiere especialmente al caso español.

9. Las citas en Huyssen, A., *En busca del futuro perdido*..., *op. cit.*, p. 13 y *passim*.

10. De la que existe una rica tradición desde la Antigüedad como pone muy bien de manifiesto, entre otros, el reciente libro de P. Ricoeur al que nos referiremos después.

11. Una recopilación de trabajos psicológicos se contiene en Ruiz Vargas, J. M.ª (comp.), *Claves de la memoria,* Madrid, Editorial Trotta, 1997. Por su carácter de puesta a punto general es especialmente recomendable el texto contenido en ella de Ruiz Vargas, J. M.ª, «*¿Cómo funciona la memoria*? *El recuerdo, el olvido y otras claves psicológicas*», pp. 121-152.

12. Véase Rusell, B., «*El tiempo en la experiencia*», en *El conocimiento humano*, Barcelona, Ediciones Orbis, 1983, p. 220 y ss.

13. La distinción en cuestión en Ricoeur, P., *La memoria, la historia, el olvido,* Madrid, Editorial Trotta, 2003, p. 81 y ss. y pasajes subsiguientes (edición original francesa de 2000). La potencialidad creadora de la memoria en Marina, J. A., «La memoria creadora», en Ruiz Vargas, J. M.ª, (comp.), *Claves de la memoria*..., *op. cit.*, p. 33 y ss.

14. Es importante en este terreno el tratamiento histórico e historiográfico del problema hecho por Chartier, R., *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural,* Barcelona, Gedisa, 1992, pp. 45-63.

15. Sierra Díez, B., «¿Cómo está representada la experiencia en la memoria?, *Anthropos*, Barcelona, n.os 189-190, p. 126.

16. Koselleck, R., *Estratos del tiempo. Estudios sobre la historia,* Barcelona, Paidós-ICE de la UAB, 2001.

17. Véase el interesante aunque desigual conjunto de estudios ya citado Yerushalmi, Y., Loraux, N., Mommsen, H. y otros, *Usos del olvido...*, *op. cit.*

18. Véanse también las útiles y asequibles apreciaciones de Cuesta, J., en *Historia del presente*, Madrid, Eudeba, 1996 y en el estado de la cuestión con relación bibliográfica igualmente en Cuesta, J., «De la memoria a la Historia», en Alted Vigil, A. (coord.), *Entre el pasado y el presente. Historia y Memoria,* Madrid, UNED, 1996, pp. 55-89, con amplia bibliografía.

19. Halbwachs, M., *La mémoire collective.* Paris, Presse Universitaires de France, 1968 (2.ª). Un pasaje justamente celebrado del libro póstumo de Halbwachs es el dedicado a «La memoria de los músicos».

20. *La mémoire collective*..., *op. cit.*, 36.

21. Halbwachs, M., *Les cadres sociaux de la mémoire,* Paris, Alcan, 1925. Una obra clásica que ha tenido multitud de ediciones posteriores.

22. Problema comentado por Rousso, H., «La mémoire n'est plus ce qu'elle était», en *Écrire l'histoire du temps présent. Hommage à François Bédarida…*, *op. cit.*, pp. 106-107, e igualmente por Candau, J., *Anthropologie...*, *op. cit*. Obra importante también es la de Namer, G., *Mémoire et societé,* Paris, Meridiens Klincksieck, 1987. Los estudios sobre las dimensiones sociales de la memoria que se han hecho en Francia tienen siempre como referente último la obra de M. Halbwachs. Véase también el estudio citado de Cuesta, J., «De la memoria a la Historia», en Alted Vigil, A. (coord.), *Entre el pasado y el presente...*, *op. cit.*, pp. 55-89.

23. Blanco, A., «Los afluentes del recuerdo: la memoria colectiva», en Ruiz Vargas, J. M.ª (comp.), *Claves de la memoria*..., *op. cit.*, p. 83 y ss.

24. *Ibídem*, pp. 84-85.

25. Nora, P., *Les lieux de mémoire,* Paris, Gallimard, 1997, vol. 1, p. 25.

26. Ricoeur, P., La Memoria, la Historia..., *op. cit.*, p. 128.

27. Halbwachs, M., *La mémoire…*, *op. cit.*, p. 45. El subrayado es nuestro.

28. Olick, J. K., «Memoria colectiva y diferenciación cronológica: historicidad y ámbito público», en *Historia y Memoria*, *Ayer*, Madrid, 32 (1998), p. 119. Este desacuerdo no impide reconocer la importancia e interés de este artículo.

29. Un texto lleno de extraordinarias sugerencias sobre ello es el de Voldman, D. (dir.), «La bouche de la verité? La recherche historique et les sources orales», *Les Cahiers de l'IHTP*, Paris, n.º 31. Y también de esta misma autora «Le témoignage dans l'histoire du temps présent», *Bulletin de l'Institut d'Histoire du Temps Présent*, Paris, 75 (juin 2000), pp. 41-54.

30. Huyssen, A., En busca del futuro perdido…, *op. cit.*, 148.

31. Bedarida, F., «Definición, método y práctica de la historia del tiempo presente», en *Historia y Tiempo presente. Un nuevo horizonte de la historiografía contemporaneísta* (dossier), *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Madrid, Universidad Complutense, n.º 20 (1998), p. 22.

32. Voldman, D., Le témoignage dans l'histoire française du temps présent…, *op. cit.*, 50.

33. Rousso, H., «El estatuto del olvido», en *¿Por qué recordar*?, *op. cit*., p. 87 y ss.

34. *Cfr*. El libro que anunciamos en la nota 1, en su cap. 4.º.

35. La naturaleza e importancia para la historia más reciente de las fuentes orales y, en mayor grado aún, para la historia del presente es un asunto ampliamente tratado en la metodología actual. Buenas

guías, en principio, para sus análisis pueden ser el libro clásico de Joutard, P., *Esas voces que nos llegan del pasado,* México, FCE, 1986 (original francés de 1983). Folguera, P., *Cómo se hace historia oral,* Madrid, Eudema, 1994. Lo más recomendable, en todo caso, es el seguimiento de la colección completa de la revista *Historia y Fuente Oral (Historia, Antropología y Fuentes Orales)*, Barcelona.

36. Véase el interesante texto de Baboulet-Flourens, P., «Anciens résistants *e historiadores*», en *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 29 (2003), pp. 143-153. En realidad, a este mismo efecto interesa todo el dossier que presenta este número de la revista bajo el título «Divergencias entre testimonios e historiadores», pp. 143 y ss.

37. Wright Mills, C., *La imaginación sociológica*..., *op. cit.*, p. 158.

38. Cosa por la que le tiene erróneamente J. C. Milner al referirse a los historiadores como «los profesionales de la memoria, erigidos ellos mismos en guardianes de la moralidad», una afirmación tan extravagante como desinformada, en *Usos del olvido...*, *op. cit.*, 68.

39. Expresión que recoge precisamente el título ya citado de Jenin, E., *Los trabajos de la memoria...*, *op. cit.*

40. Jenin, E., *Los trabajos de la memoria*..., *op. cit.*, p. 2.

41. *Ibídem*, p. 69.

42. La expresión «emprendedores de la memoria» es también de esta misma autora, *op. cit.,* p. 48. A este efecto es sumamente instructivo el libro de Pérez Garzón, J. S. y otros, *La gestión de la memoria. La Historia de España al servicio del poder,* Barcelona, Crítica, 2000, un

texto orientado, sobre todo, al análisis de la memoria y la enseñanza de la historia en los procesos de reivindicación nacionalista de cualquier signo. La disputa de la memoria y su relación con el poder es el objeto de un trabajo colectivo de gran importancia, el de Barahona de Brito, A., Aguilar Fernández, P. y González Enríquez, C. (eds.), *Las políticas hacia el pasado. Juicios, depuraciones, perdón y olvido en las nuevas democracias*, Madrid, Istmo, 2002.

43. Rousso, H., *La hantise du passé*, *op. cit.*, p. 16.

44. Huyssen, A., *En busca del futuro perdido*..., *op. cit.*, p. 17.

45. Vidal-Naquet, P., *Los asesinos de la memoria,* México, Siglo XXI, 1994, frente a Finkelstein, N. G., *La industria del Holocausto. Reflexiones sobre la explotación del sufrimiento judío,* Madrid, Siglo XXI, 2002 (la primera edición inglesa es del año 2000). Ni que decir tiene que la resonancia de este asunto en la historiografía y, mucho más, en la política actual es tan extraordinaria como para que sea imposible dar cuenta cumplida aquí de ello.

46. Sobre los genocidios del siglo XX puede verse un libro tan aleccionador como el de Ternon, Y., *El Estado criminal. Los genocidios en el siglo XX,* Barcelona, Península, 1995. Por lo demás, la literatura de todo orden sobre la barbarie del siglo XX es extensísima.

47. La «construcción historiográfica del presente histórico» es el objeto preciso de nuestro texto de próxima aparición ya aludido *La Historia vivida.*

48. *La mémoire collective*…, *op. cit.*, p. 43.

49. Las citas en *op. cit.,* p. 46 y ss.

50. *Ibídem, cfr.* p. 68 y ss. y, en especial, p. 73.

51. Mannheim, K., «El problema de las generaciones», *REIS, Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, Madrid, n.º 62 (1993), p. 214.

52. *Ibídem*.

53. Sobre este tema es de relevante interés el trabajo de Lavabre, Mᵉ C., *Sociología de la memoria y acontecimientos traumáticos,* trabajo que verá la luz en la publicación próxima *Memoria e historiografía de la guerra civil*, coordinada por el autor de estas líneas.

54. Sobre ello son de interés la obra de Aguilar Fernández, P., *Memoria y olvido de la guerra civil española*, Madrid, Alianza Editorial, 1996 y Aróstegui, J., «La mémoire de la guerre civile et du franquisme dans l'Espagne démocratique», *Vingtième Siècle*, Paris, 74 (avril-juin 2002), pp. 31-42. Pero véase también un sugerente conjunto de ensayos en Moreno Gómez, F., Mir Cucó, C., Reig Tapia, A. y otros, *Memoria y olvido sobre la guerra civil y la represión franquista,* Lucena (Córdoba), Ayuntamiento de Lucena, 2003.

55. Una publicación reciente donde vuelven a enfocarse diversas cuestiones relacionadas con el testimonio y la construcción de la historia oral es «Memoria rerum», *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, Barcelona, 30 (2003), monográfico dedicado al asunto.